

Ricardo Hepp Kuschel  
Ceremonia de premiación  
Academia Chilena de la Lengua  
22 de septiembre de 2014

## Las nuevas herramientas

Agradezco de corazón esta importante distinción, el premio "*Alejandro Silva de la Fuente*", que hoy me confiere la Academia Chilena de la Lengua, porque está relacionada con el punto central -con el corazón, en fin- de lo que he hecho toda mi vida laboral: trabajar con la palabra escrita.

Reitero expresiones de gratitud al director de la Academia, don *Alfredo Matus Olivier*; a su secretario, don *José Luis Samaniego*; a la distinguida comisión de académicos que sugirió mi nombre y, desde luego, al académico, colega y amigo que me presentó hoy, don *Abraham Santibañez Martínez*. Con él nos hemos encontrado en muchas ocasiones en nuestras vidas profesionales, aunque con más frecuencia en años recientes, en el marco del Consejo de Ética de los Medios de Comunicación Social, que él preside y yo presidí; y en otras instancias de la profesión y de la formación periodística.

Muchas gracias, nuevamente. Siento una enorme satisfacción. Es un honor estar hoy aquí.

Mi vida profesional ha transcurrido en salas de redacción, tanto en Chile como en Colombia. Casi siempre en diarios y revistas. Lo subrayo, porque entre los grupos de hablantes, los periodistas figuran entre quienes ejercen un influjo más vigoroso en el estado y en el curso de la lengua. Para bien o para mal. Porque escribir día a día textos propios, revisar textos ajenos, titularlos con palabras que tengan sentido, situarlos dentro de un contexto limitado y a una hora predeterminada y someterlos a normas de diagramación no debe ser una rutina. Esas tareas deben realizarse a consciencia, porque conllevan una gran responsabilidad frente a los lectores, y tienen, además, importantes alcances éticos.

Y, aun cuando las audiencias de radio y televisión son mucho mayores, a la palabra escrita e impresa se le suele conceder más autoridad, al menos en materia lingüística. Pero, todos los medios -unos más que otros- condicionan de alguna manera la cultura idiomática de sus audiencias.

En el último tiempo he tratado de recordar lo que ocurrió años atrás. En 1991, para ser más exactos. Sospecho que otras preocupaciones, muy legítimas por cierto, nos hicieron descuidar la acometida de nuevas tecnologías, que tuvieron un impacto profundo en el ámbito de la prensa.

No percibimos con claridad sus verdaderos alcances, y aun hoy, cuesta a veces imaginar hacia dónde nos pueden conducir.

En esos días, Chile recuperaba la democracia, y muchos periodistas le dedicamos tiempo a la discusión sobre cómo debía desarrollarse la nueva convivencia social; y a cómo operaría la libertad de expresión, no tan sólo para los periodistas, sino también para las audiencias. Discurríamos sobre textos legales que ni siquiera figuraban en la agenda parlamentaria, como una Ley de Prensa. De hecho, pasaron muchos años antes de que se promulgara -fue recién en 2001- la Ley sobre Libertades de Opinión e Información y ejercicio del Periodismo.

Mientras tanto, las nuevas tecnologías ya se habían instalado en las salas de redacción. Las máquinas de escribir desaparecieron con el sonido acompasado del tecleo y de la campanilla al término de cada línea. Y, con ellas, se esfumaron los antiguos correctores de pruebas con sus diccionarios y libros de gramática, ortografía y estilo. Ya no existían las pruebas, porque los periodistas habían comenzado a escribir y a revisar sus propios textos en la pantalla.

En ese mismo año 1991, tuvimos acceso a una nueva herramienta, novedosa, fascinante y misteriosa: *Internet*. Un año después ya había un millón de computadores conectados a esta red de redes, y hoy ya son tres mil millones. Ello permitió el traspaso de información digitalizada y aparecieron nuevas fuentes informativas, aunque muchas con baja o nula certeza de origen.

El eterno problema de la credibilidad y del valor real de una fuente de información se hizo más agudo, y la cadena de responsabilidades al interior de los medios quedó con eslabones más debilitados. Pero, muchos destacados profesionales acogieron esas nuevas tecnologías y las pusieron al servicio de un periodismo más documentado y riguroso.

De manera paralela, también en 1991, la Federación de Medios de Comunicación creó el Consejo de Ética Periodística, una instancia única de autorregulación para prensa escrita, radio y televisión. Su fuerza radica en el acatamiento irrestricto de sus resoluciones. Este Consejo nunca produjo un código de ética, porque siempre primó la idea de extraer la norma de los casos que suministra la propia realidad. Así, a través de resoluciones y dictámenes se fue construyendo una valiosa jurisprudencia, que hoy está disponible para el estudio, la discusión y la aplicación en todos los medios, para los que trabajan en ellos, y para las audiencias.

Pero, el buen uso del lenguaje en nuestro periodismo está disminuyendo, lo que afecta por igual a los medios y a nuestra riqueza lingüística.

Hay dos notables filólogos a quienes he seguido de cerca. Bueno, no tan de cerca, porque ambos ya fallecieron. Se trata del colombiano *Roberto Cadavid Misas* y del español *Fernando Lázaro Carreter*.

Ellos hicieron un enorme esfuerzo por detectar erratas, asear la lengua que usamos a diario; y brindar conocimiento para que los periodistas puedan construir sus textos con sentido, y amigable sintonía con nuestra lengua.

Se trata, finalmente, de escribir para que las audiencias puedan leer y comprender, porque la lectura permite formar ciudadanos informados. Pero, también, la lectura contribuye de manera silenciosa a expandir el conocimiento. Los expertos indican que leer mejora de manera notable la vida de quien se aventura en ese fantástico mundo. El uso correcto de la lengua es indispensable, no sólo para expresarse bien, sino también para que quien lea comprenda y pueda pensar.

Hay muchos otros distinguidos lingüistas, filólogos y gramáticos, que han hecho notables aportes al periodismo, pero, los dos que cito -*Roberto Cadavid*, con sus *gazapos*, y *Fernando Lázaro Carreter*, con sus dardos- consiguen su objetivo con gracia y autoridad.

*Gazapo* es un conejo joven, pero en su segunda acepción, el diccionario de la Real Academia acoge este vocablo como un colombianismo, con el significado de error al hablar o escribir. Gabriel García Márquez, refiriéndose a un corrector que revisaba sus textos antes de llevarlos a la imprenta, decía que este hombre cazaba gazapos entre los matorrales de la lengua.

A *Roberto Cadavid* lo conocí en Colombia cuando escribía columnas para el diario *El Espectador*. La verdad es que yo no lo conocía de nombre, porque todos le decían "*Argos*", como al gigante mitológico de los cien ojos. Con ese seudónimo firmaba sus artículos. Creo que ha sido el más agudo y ameno crítico del lenguaje que tuvo el periodismo colombiano. Enseñaba divirtiendo. Tenía esa rara habilidad de comentar los errores periodísticos con sabiduría sencilla.

Ingeniero de profesión y lingüista, fue también miembro de la Academia Colombiana de la Lengua.

En Colombia, la tradición de cazar *gazapos* se remonta al siglo XIX y perdura hasta hoy. No es extraño, entonces, que sea el país latinoamericano con más columnas de prensa dedicadas a la corrección del idioma. Y, vaya que se nota.

A *Fernando Carreter -Lázaro* es su segundo nombre de pila- español y director de la Real Academia de la Lengua sólo lo conocí por sus dardos, siempre certeros, publicados en diarios de España y América Latina.

También existe una selección de ellos en el libro *"El dardo en la palabra"*, que obtuvo el *premio Don Juan de Borbón al Libro del Año*.

Era tenaz en la detección de los errores, que luego abordaba con un manejo impecable del idioma en breves artículos, minuciosos y contundentes, como le corresponde a una autoridad de la lengua española. A él le debemos también la incorporación de vocablos del mundo de la tecnología y la informática al diccionario de la RAE.

Apuntaba *Fernando Lázaro Carreter* que todos poseemos un archivo lingüístico, donde van a parar nuestras experiencias, saberes y creencias. Este archivo -sostenía- *"no permanece inerte, sino que está en permanente actividad, porque los hablantes mudan el valor o la vigencia de las palabras y de las expresiones. Algunas se hacen obsoletas y tienden a extinguirse; y otras, se van incorporando"*.

Yo prefiero imaginar ese archivo lingüístico como una mochila invisible que todos llevamos colgada al hombro. Algunos caminan erguidos porque el bolso es muy liviano y apenas contiene 800 palabras, que es el promedio chileno, conforme a lo que establece un estudio reciente. Otros caminan por la vida sintiendo el peso del bolso, porque llevan un archivo lingüístico amplio y en permanente crecimiento.

oooooooooooo

Mencioné las nuevas tecnologías, la responsabilidad editorial, las normas éticas y el buen uso de la lengua en el quehacer periodístico, porque siento que hay una tarea pendiente, que exige detectar necesidades e imaginar soluciones. Creo que hay que interesar a los medios escritos en la apertura de espacios para comentarios lingüísticos, porque estos temas, bien tratados, tienen una favorable acogida en las audiencias lectoras. Y, también puede interesar a los diarios y revistas, porque un mejor empleo de la lengua -en lectura y comprensión- está relacionado con sus propias existencias.

Le reitero a la Academia Chilena de la Lengua mi gratitud por el premio *"Alejandro Silva de la Fuente"*, que me ha conferido hoy.